

sus historiadores nacionales los últimos en aquella serie de imperios que se habían sucedido en Asia, ya por vanidad, ya por ignorancia, calcaron su historia sobre la de los pueblos que le precedieron, confundiendo así medos, asirios y persas; pero esta suposición fué desvanecida por el descubrimiento de los libros Zendos, donde se vieron aparecer los mismos hombres y en general los mismos hechos antiguos. Conviene agregar el *Davistan* que trata de doce religiones diferentes: no fué compilado hasta el siglo décimo séptimo, pero teniendo á la vista documentos pelvis, entre otros el de *Desatir*, publicado poco antes, y que no podría ser rechazado del todo, áun hallándose muy alterado. Véase allí igualmente que dominaron sobre el Hiran, cuatro dinastías primitivas, entre las cuales la de los Janios y Puros duró todo un aspar, es decir, mil millones de años. Habiendo quedado solo al fin del gran ciclo un santo patriarca Mahabali, recibió de Dios cuatro libros de leyes y de oraciones, dividió al pueblo en cuatro castas y fundó la gran monarquía del Hiran. Bajo su mando y el de sus trece sucesores disfrutó el país la ventura de la edad de oro; los corazones eran inocentes, sencillas y puras las ofrendas y se mostraban los reyes padres de sus pueblos. Pero á la sencillez del primitivo culto vino á mezclarse bajo su reinado el de los astros, de los genios y de los planetas, representados tales como se habían aparecido á muchos santos y profetas.

¿Cómo es posible concordar las narraciones de los orientales con las de los clásicos? Gran número de sistemas se han inventado con este motivo y especialmente por los alemanes, tan sabios como laboriosos, si bien ninguno de ellos acaso se presenta de modo que pueda producir una convicción absoluta; tomaremos, pues, de ellos lo que nos parezca más satisfactorio.

Ofrecen los tiempos primitivos un carácter más bien místico que histórico; han suministrado lo sustancial y las circunstancias de estas narraciones, las constituciones astrológicas y los grandes periodos siderales, figurando los astros como hombres; mientras se ven al propio tiempo las proezas de los héroes transformados en planetas, confundándose con las revoluciones de éstos. No obstante, hay algunos que pretenden descubrir la huella de una gran mo-

narquía que hubo de abarcar la Judea, la Persia y la Asiria en comunidad de idioma, de creencias y de instituciones. Distinguiendo la mayor parte desde el principio á los medos de los persas, enlazan á los primeros Zoroastro, el sistema de los magos y la civilización de los segundos. Debieron formar los medos primeramente un sólo estado con los bactrianos, civilizados aún antes que ellos, dividiéndose después en dos reinos, á los cuales han de referirse sin duda las diferentes dinastías de Herodoto y de Ctesias. Pero su origen y sus relaciones con los asirios queda en oscuridad completa.

La gran nación de los erienos, de quien ya hemos hablado, se dividió posteriormente en muchos pueblos. Permanecieron los de la Bactriana, más inmediatos al suelo natal y más fieles, así al nombre como al idioma antiguo; otros se dirigieron hácia el Sudoeste y el Cáucaso, llevando consigo el nombre de Albordo y de Eriene (Armenia); de manera que hubo erienos orientales y occidentales. A estos últimos pertenecieron los medos, llamados pahlavas por los indios y los persas, que según todas las pruebas son vástagos de la raza primitiva, y se establecieron en el confin designado particularmente con el nombre de Pars.

Esta emigración se enlaza al nombre de Schemschid, y en el *Vendidad* hallamos la indicación poética de ella. Eriene-Vedjo, donde colocó Ormuz al primer hombre, disfrutaba siete meses de verano y cinco de invierno; pero habiéndolo trastornado Arimanes, dejó de calor sólo dos meses. Abandonáronlo, pues, los moradores, y Ormuz creó para ellos otros diez y seis países colmados de bendiciones. De este modo pasaron en la Sogdiana del Este al Oeste; luego al Korasan, á la Bactriana, y por último al Hiran. Allí se enriquecieron los bactrianos y los medos con el comercio, mientras los montañeses se dedicaban á guardar rebaños; éstos eran los persas.

Apenas aparecen allí éstos, caen bajo la dominación, ora de los asirios, ora de los árabes chusitas, ora de los caldeos, representados por Zoak, que tal vez no fué otro que Nembrod, hijo de Chus. Dividióse entonces el Hiran en dos partes: la occidental pertenece á los chusitas, el Este y el Norte es la residencia de los

semitas. Acaso diez siglos más tarde se emancipan éstos guiádoles Feridun, ó una familia que se reparte el Hiran, el Turan y las provincias del Oeste. Muy pronto se hacen enemigos los dos primeros países, y por ambos partidos se habían sustentado dos sañudas guerras cuando ascendió al trono Kai-Cobal, es decir, la primera dinastía meda de los kiánidas; pone término á la guerra con el Turan, construye ciudades y civiliza á los medos que aparecen como dominadores.

Pasa entonces la corona á Dejoces, ó de otro modo á la dinastía de los Kai-Kaus, encomiada por su prudencia y su valor y fundadora de una ciudad sobre un monte (Ecbatana): se suceden los triunfos y las derrotas; dos veces se encuentra el Hiram al borde del precipicio, debe su salvación á héroes y reyes (Rostam y Kai-Kaus), y rechaza á los scitas (Afrasiab) á los desiertos. Viene, por último, Kai-Kosr (Ciro), vástago de dos razas enemigas, educado por su abuelo, á quien sucederá en el trono, el cual perseguirá á Afrasiab hasta los confines de la tierra, y apagará las enemistades en medio de olas de sangre.

Ocioso es detenerse en pormenores, pues ya es mucho si en tan completa oscuridad podemos distinguir las razas principales. Haremos notar solamente que los griegos se complacen en embellecer todas las cosas imprimiéndolas el sello europeo, ora al comentarlas, ora queriendo circunstanciarlas. Al revés los orientales, ocupándose especialmente de lo que se nota de severo en el hombre, de la pasión, de la sabiduría áun más que de los hechos, ponen con frecuencia preceptos de moral en boca de los monarcas. Hacen decir á Feridun: «Si considerara bien el hombre su propia naturaleza, la vanidad de los bienes terrestres y la grandeza de Dios, aplicaría toda su mente á este sólo ser Supremo. El mundo no hace más que engañarnos, la verdad reside en Dios. No te envanezcan las riquezas ni el poderío. Sírdate de lección la caída de aquellos á quienes viste encumbrados. Un mismo fin nos espera á todos, y cuando la muerte nos empuja hácia el sepulcro, ¿importa algo que sea desde régio lecho ó desde la más miserable tarima? Al cabo uno mismo es el viaje.»

Contáranos también que Kai-Kosru mandó

inscribir en su aposento lo siguiente: «No concibamos nosotros una opinión demasiado ventajosa por hallarnos á más altura que la generalidad de los hombres, pues no estamos más seguros de nuestras coronas que lo están ellos de lo que son poseedores. La corona que, después de haber ceñido la frente de tantos monarcas, ciñe hoy la mía, ornará la de mis sucesores. ¡Oh rey, no te muestres envanecido por un bien tan incierto y transitorio!»

Su historia nos revela del mismo modo este carácter eminentemente moral que encontramos en toda la doctrina de los persas.

CAPITULO II.

Ciro.

Dividíanse en diez tribus los persas que moraban principalmente en las montañas desde la frontera de Media al golfo Pérsico: tres nobles, los pasargados, los marafinos y los maspios; tres agrícolas, los pantalios, los derusios, los germanios; cuatro nómadas, los daanos, los mardos, los drópicos, los sagarcios.

Sólo se ocupa la historia de los pasargados, entre los que figuraba en primera línea la descendencia de Achemeno (Schemschid), de la que salió Ciro. Este gran nombre es el eslabon que enlaza las razas primitivas con las modernas, de quienes forman parte los mismos persas por el espíritu de conquista, manantial de tantos males, y á veces de tantos bienes, porque viene á ser un instrumento de luz la misma fuerza.

Ya en tiempo de Herodoto la historia de Ciro, que apenas databa de un siglo, se hallaba alterada con fábulas; inseparable cortejo de todo nombre ilustre. Jenofonte recogió más todavía de los mismos persas. Las tradiciones en un todo contradictorias, se pueden reducir á los hechos siguientes. Habiéndose distinguido Agradato, descendiente de una de las tribus de los pasargados y de la familia de Achemeno, probablemente por su hermosura, su valor, su destreza, y por su odio contra el yugo impuesto á su país por los medos, fué elegido jefe de su tribu (465), y luego de otras; bajó de las montañas natales, asaltó á los dominadores, y habiendo vencido á Astyages, su rey, puso término al imperio medo-bactriano. Ascendido á

soberano de un nuevo reino de Persia, hizo á su pueblo sedentario construyendo á Pasargada, y mereciendo el nombre de Ciro (Koresc), es decir, sol. Nuevas conquistas sometieron á su obediencia á los bactrianos, á los indios, á los cilicianos, á los sacios, á los paflagonios, á los mariandios, á los griegos de Asia, á los cipriotas, á los egipcios, y además á los sirios, á los asirios, á los árabes, á los capadocios, á los frigios, á los lidios, á los carios, á los fenicios, á los babilonios. Varian los historiadores en los detalles; procuremos concordarlos.

Sus primeras expediciones fueron dirigidas contra el Asia Menor: la gran diversidad y el inmenso número de sus habitantes le habian siempre impedido reunirse en un solo estado. Al Occidente estaban los carios; en lo interior hasta el Alis, los frigios; al otro lado de este río, los sirios, los capadocios, y en la Bithinia los tracios. Hace la historia especial mencion de los reinos de Troya, de Frigia y de Lidia. Ya hemos hablado del primero. Rodea multitud de fábulas á los reyes de Frigia, casi todos llamados midas y gordios, y á la muerte del quinto Midas vino á ser este reino una provincia de la Lidia.

Los lidios ó meonios, rama de la poblacion cariana, estaban constituidos en monarquía desde los tiempos más remotos; habianse aumentado con gentes de todas las naciones, que acudian allí como á un país donde se hacia un comercio muy activo, especialmente en esclavos, y donde el río Pactolo y el monte Tmolo producian oro en abundancia, que, recogido en pajitas, se acumulaba en el real tesoro. Estableciéronse en Lidia las primeras hospederias para los extranjeros; allí se fabricaban pequeños objetos de lujo y diversos juguetes. Los célebres poetas de que fué cuna, entre los cuales basta nombrar á Homero, dieron margen á que se inventara la fábula de los cisnes; pero las costumbres estaban corrompidas en un todo, y á costa del pudor reunian las mugeres su dote.

Sucedieron allí tres dinastías: la de los Atyados, totalmente fabulosa, reinó hasta 1225; la de los Heráclidas, que empezó con Agron, hijo de Nino, acabó en 720; por último, la de los mermnados, en los cuales de donde principian únicamente los tiempos ciertos. Habiendo

dado muerte Gyges al último Heráclida Candanlo, reinó hasta 689 en guerra continua con las colonias griegas establecidas á lo largo de las costas del Asia Menor y se apoderó de Colofonte. Ardys, que reinó hasta 640, conquistó á Priene; mas en su tiempo fué desolado el país por los habitantes de la Cimeria. Sadyattes ocupó el trono hasta el año 621, y hasta 572 Aliastot, quien expulsó totalmente á los cimmericos; sostuvo una guerra contra Cyaxaro, é hizo la adquisicion de Smirna. Vino en fin el célebre Creso. Conquistó á Efeso, avasalló el Asia Menor hasta el Alis, elevó al más alto punto de grandeza la Lidia, y estuvo próximo á reunir toda el Asia anterior en un solo imperio. Cuéntase que habiendo llegado Solon, uno de los sabios de la Grecia, en sus viajes á la corte de Creso (571-557), despues de haberle enseñado sus inmensas riquezas, le preguntó este príncipe si habia conocido alguien que le aventajas e en ventura.

—Si, respondió el sábio: *he conocido al ateniense Telo, que vivió sin ser rico ni pobre, y murió con las armas en la mano por su patria, dejando dos hijos dignos de su estirpe.*

—¿Y despues de éste? repuso el monarca.

—Despues de este creó que ninguno fué más dichoso que Clobis, y Byton, hijos de una sacerdotisa de Ceres. Como tardasen en llegar los bueyes, que debian conducirla al templo para el sacrificio solemne, se unieron ellos mismos al carro. Arrobada de júbilo su madre rogo á la diosa que les olorgase la mayor recompensa que puede alcanzar un hombre. A ambos se les encontró muertos al día siguiente por la mañana.

—¿Y á mí no me cuentas en el número de los felices? continuó Creso.

—De ningún modo se puede decir que es feliz mientras vive.

Efectivamente, se adelantó Ciro contra él, le derrotó junto á Thymbrea en Frigia y le condenó al suplicio. Cuenta además la leyenda que encadenado Creso sobre la hoguera y acordándose de su pasada grandeza y de la caída que le habia sido vaticinada, exclamó: ¡Oh Solon, Solon! Se dió cuenta de esta exclamacion á Ciro, el cual quiso saber la causa, y habiéndola averiguado se aplicó la leccion y restituyó la libertad á Creso.

La batalla de Thymbrea, una de las más

importantes de la antigüedad, decidió del imperio de Asia, y puso la region anterior en manos de Ciro, al mismo tiempo que sus generales se apoderaban de las colonias griegas. Fundó en el Asia Menor diez satrapias que ejercieron grande influjo en el porvenir de Grecia; fué la principal de todas la de Lidia con la ciudad de Sardes, donde moraban los reyes de Persia cuando iban á visitar las riberas fabulosas del Meandro y del Caistro. No obstante, viendo Ciro que dificilmente soportarian las colonias griegas el despotismo, inconciliable con la libertad necesaria al comercio, les dió por jefes á los ciudadanos de más nota, y sus sucesores la gobernaron más bien por la habilidad que por la fuerza. Por lo demas la política ó la necesidad acaso le hizo dejar por todas partes en vigor la forma de gobierno y las leyes establecidas, destinando solamente á la vigilancia general á uno de los suyos.

Habiendo vuelto Ciro á Oriente asedió á Babilonia donde reinaba Baltasar, príncipe mancebo, inconstante y lleno de orgullo. Éste, á fin de adormecerse en el peligro, pasaba alegremente el tiempo en medio de sus mujeres y de los príncipes congregados á su mesa, cuando el hebreo Daniel llegó un día á turbar el alborozo de un banquete obscuro, prediciéndole el fin de su reinado. Con efecto, habiéndose desviado Ciro del río aquella misma noche, penetró en la ciudad por los canales, y Baltasar pasó de la embriaguez á la muerte.

Ciro encontró á los hebreos esclavos en Babilonia: la semejanza de creencia fué causa de que se mostrara con ellos propicio, y mandó publicar en todo el reino que aquellos que desearan retornar á Jerusalem eran libres de verificarlo. Muchos de ellos se apresuraron á ver de nuevo su querida patria; otros que habian formado establecimientos de comercio ó de diversa especie, adoptaron el partido de quedarse, si bien ofreciendo á sus hermanos vasijas de oro y de plata, muebles, vestiduras, acémilas y otros muchos objetos que habian de servirles de grande utilidad en su viaje. Ciro les restituyó los vasos sagrados que Nabucodonosor habia robado del templo de Jerusalem para colocarlos en el suyo, y señaló por jefe de los hebreos que volvian á ganar su país á Zorobabel, de la sangre real de Judá. Cuarenta y

dos mil trescientos sesenta emprendieron la marcha como un sólo hombre, y además siete mil trescientos treinta servidores; pero reunidos allí, comenzaron á reedificar el templo; los nuevos habitantes de Samaria pusieron por obra toda su malevolencia, de tal modo, que el rey de Persia suspendió la reconstruccion de templo.

Cada vez ensanchaba Ciro mas sus estados, ora por la conquista, ora por sumisiones voluntarias que aceptaba, como lo hizo respecto de las ciudades de la Fenicia; de este modo se extendió su dominacion desde el Indo y desde el Oxo hasta el Mar Egeo, y desde el Mar Caspio hasta el golfo Arábigo. Pero habiéndose adelantado contra los nómadas del Asia anterior, fué derrotado en medio de aquellos desiertos, y murió de una edad avanzada (529). «Su sepulcro estaba rodeado de un gran número de árboles en Pasargada, de aguas abundantes, y de una vejetacion sumamente rica; su base de piedra tenia cuarenta piés en cuadro; encima se elevaba una especie de celda, tambien de piedra, en la que se entraba por una puerta extremadamente angosta. Allí estaba depositado el ataúd de oro con los restos del héroe, y cerca de un trono con el pedestal de oro, y cuyas gradas estaban cubiertas de alfombras de Babilonia. Se veian extendidas sobre el catafalco preciosas vestiduras de diversos colores y de trabajo babilónico ó medo; collares, alfanges, zarcillos de oro y de perlas. A su lado se levantaba la habitacion de los magos, á quienes se confiaba de padres á hijos la custodia del sepulcro. Les daba el rey cada día un cordero, una medida de trigo y de vino, y cada mes un caballo á fin de que fuese inmolado á Ciro. Leíase sobre el monumento: *Mortal, yo soy Ciro, que aseguré el imperio á los persas, y goberné el Asia; no me envidie la tumba.*»

Segun acontece á todos los pueblos toscos vencedores de naciones cultas, los persas adoptaron la civilizacion, las leyes, el culto de los medos, y así alteraron sus usos primitivos. Fué conservada la clase de los magos, guardadora de las leyes y de los ritos medos, si bien perdió mucho de su omnipotencia antigua, de modo que temblaba bajo la vigorosa mano del vencedor. Sujetas se hallaban las otras clases, aunque no reducidas, y ocupado Ciro en continuas

guerras no pudo establecer el orden en lo interior, ni consagrarse á la fusion de tan numerosos y heterogéneos elementos. Así los encomios que se le prodigan por haber dejado á los vencidos sus propias leyes, deben entenderse en el sentido de que no puso ningun freno á la tiranía de los caudillos militares, destinados por él á cada país para mantenerlo en la obediencia, ni á la arbitrariedad de los exactores encargados de la recaudacion de los impuestos.

Ciro dejó dos hijos: Cambises (Kekobad), y Smerdis (Tanyoxarces). Sucedióle el primero en el trono de Persia: obtuvo el otro la Bactriana y los países al oriente, libres de todo tributo (529-522). Pero el ambicioso Cambises mandó que le diesen muerte: deseoso luego de ensanchar las conquistas paternas, aguijoneado además por un particular odio á Amasis, rey de Egipto, se puso en marcha para avasallar aquel territorio.

Hemos visto como Psamético restableció la unidad de Egipto; pero este príncipe dió al traste con la constitucion de su reino, rodeándose primeramente de soldados carios, jonios, libios, que hacian de su valor el mismo innoble tráfico que hacen en la actualidad los suizos republicanos, y entregando en seguida la mayor parte del comercio á los griegos, que fundaron una colonia en una noma, perteneciente en otro tiempo á la casta de los guerreros. Despechados éstos emigraron en gran número á fin de buscar una nueva patria con sus mujeres y sus hijos en el corazon de la Etiopia, donde derramaron la civilizacion y construyeron ciudades. Reducianse, pues, los ejércitos de Egipto á mercenarios y á soldados reclutados en las últimas filas de la sociedad. No poseyendo ya Psamético para refrenarlos las prerogativas de la casta militar, se dejó arrastrar por el espíritu de conquista que habian tenido tanto cuidado de comprimir los legisladores. Quiso someter á sus leyes la Siria y la Fenicia, países ricos en extremo, y tuvo sitiada á Azoth, en Siria, por espacio de veintinueve años.

Prosiguiendo Nechao II, su hijo (617-601), la ejecucion de sus proyectos, avanzó hasta el Eufrates; pero fué derrotado por los caldeos de Nabopolasar en Circesio. Mandó construir muchas naves tanto en el Mediterráneo como en el Mar Rojo, con la intencion de reunir ámbos por

la boca Pelusiaca del Nilo con el auxilio de un canal abierto á través del monte Casio. Cien mil hombres perecieron en este trabajo, que á causa de un oráculo, ó más bien de inmensas dificultades, quedó sin concluir hasta que lo terminó Dario II.

Psamis, su hijo, se puso al frente de una expedicion que hizo á Etiopia (596), probablemente contra los guerreros emigrados. Apries (*Pharao Hophra*), batió en el mar á los fenicios, si bien fué derrotado por los cirneos, ó segun la Biblia, por Nabucodonosor, que recorrió triunfalmente el Egipto (570).

Habiendo ascendido al trono Amasis, soldado de fortuna, halagó á los sacerdotes, se mostró benévolo con el pueblo, sin olvidarse de los griegos, á quienes permitió tener templos y además un tribunal en Naucrata, junto al brazo canópico del Nilo. Celebró alianza con Cyrene, hizo á Chipre tributaria y procuró enderezar á su origen las leyes de Egipto, al mismo tiempo que exornaba los templos con colosos y otras magnificencias. Doblegóse ante Giro, y habiendo negado su hija á Cambises, se atrajo su cólera y murió en el instante de experimentar sus efectos.

Egipto padecía el castigo de su largo aislamiento: le reducía á la mayor insignificancia la desunion entre el rey, los sacerdotes y los guerreros; así, cuando Cambises avanzó contra Psamético, una sola batalla y diez dias de asedio bastaron para que se apoderase de Menfis y de todo el territorio (525). Dicese que los persas colocaron delante de su ejército una fila de animales sagrados, y que temerosos los egipcios de asestar sus tiros contra sus dioses, dejaron avanzar á los invasores sin resistencia.

Después de reducir Cambises el Egipto á provincia de Persia, resolvió destruir su culto á orillas del Nilo, por consecuencia del horror que su religion le inspiraba hácia la idolatría. Pero no se muda una religion con violencias y con ultrajes; así cuánto no debieron exasperar á una nacion tan piadosa respecto de los muertos los odiosos excesos del extranjero, cuando hizo desenterrar la momia de Amasis, darla golpes, atravesarla con el acero y por último quemarla! El mismo sentimiento de odio á la idolatría dirigió á Cambises cuando destruyó en un momento edificios, cuya ereccion habia costado

siglos, y cuyos escombros le maldicen todavía, porque despojados por él los sacerdotes de sus privilegios, han exagerado sus faltas al transmitir las á la posteridad.

—¿Qué dicen de mí? preguntó un día Cambises á Presaspo, su favorito: no acordándose éste de que los grandes nunca quieren oír la verdad ni aun cuando la preguntan, respondióle:—*Admiran tus excelentes cualidades; pero te censuran, por entregarte demasíado al vino.*

—Y qué? repuso Cambises. ¿Piensan por ventura que pierdo la razón? Vas á juzgarlo por tí propio. Vacia infinitas veces su copa, luego manda venir á un mancebo, hijo de Presaspo, hace que se coloque en la extremidad de uno de sus salones con la mano izquierda sobre la cabeza, coje su arco, y después de anunciar que apunta al corazon, dispara sobre el mancebo, que cae á tierra; abre su pecho palpivamente, y enseñando á su padre el corazon atravesado por la flecha, le dice con tono de triunfo:—*¿Me tiembla por ventura la mano? Y el cortesano le replica:—No hubiera sido más diestro el mismo Apolo.* Anduvieron más avisados los jueces de su reino, cuando les consultó si le permitian las leyes del país casarse con su hermana. Su respuesta fué que estaba vedado; pero que tambien existía una ley que daba al rey de Persia el derecho de hacer lo que mejor le pluguiese, y Cambises celebró la boda. Cuéntase tambien que mandó dar muerte á un juez prevaricador y forrar con su pellejo el sillón del tribunal en que debia sentarse su hijo al sucederle en su cargo, á fin de que siempre tuviera presente aquel ejemplo.

Trasladó á la Suziana una colonia de egipcios; se le sometieron voluntariamente Cirene y la Libia. Concibió el proyecto de llevar la guerra á comarcas célebres por su piedad, su comercio y su riqueza, es decir á Ammonio al Occidente, y á Meroe al Mediodía de Egipto; pero habiéndose engolfado imprudentemente en las arenas del desierto, pereció allí su ejército, y dijeron los sacerdotes que era un castigo que descargaban sobre su cabeza los dioses ultrajados. Aún dirijia sus miras á Cartago, si bien hubo de desistir de la empresa á causa de haberle negado los tirios buques de transporte para atacar sus colonias.

Reinos fundados con la espada no se sostie-

nen por la espada. Descontentos los magos al ver que la nueva dinastía les habia arrebatado la autoridad de que gozaran, se aprovecharon de la ausencia de Cambises para tramar una conspiracion y hacer que reviviese la dinastía meda: fué presentado por ellos al pueblo un falso Smerdis y proclamado soberano. Volvia Cambises agitado por la sed de venganza, pero murió en el camino de una herida accidental después de siete años de reinado.

El falso Smerdis (511) procuró afirmarse en el trono eximiendo á los vencidos de todo tributo durante tres años; pero habiendo sido descubierta la impostura, se le conjuraron siete señores persas y le dieron muerte así como á todos los magos que encontraron por delante. De este modo fué ahogada en sangre la antigua religion del Hiran, y desde entonces fué considerado como un dia solemne el aniversario de la Magophonía.

Habiendo agitado los siete príncipes maduramente la cuestion de si gobernarían entre ellos el imperio, ó si dividirían el poder con el pueblo, es decir con la principal tribu, se decidieron al fin por la monarquía. Confióse á la suerte la eleccion del soberano, y cada uno de ellos prometió someterse á aquel cuyo caballo relinchara primero á la salida del sol. Dario, hijo de Histaspo, vástago de la sangre de los Acheménidas, debió el trono á un oráculo; y á este presagio, á fin de vigorizar más sus derechos, se casó con dos hijas de Giro.

Su administracion en lo interior y sus conquistas exteriores le hicieron el más gran rey de los persas. Primeramente marchó contra Babilonia que habia sacudido el yugo extranjero (516). Desesperados los rebeldes degollaron á mujeres, ancianos, niños, y á cuantos no se hallaban en disposicion de empuñar las armas, no dejando con vida más que á sus madres y á sus mujeres favoritas: después se defendieron tan tenazmente que ya Dario iba á renunciar á la empresa; mas Zopiro, uno de sus amigos, fingió desertar de su campo, y habiéndose mutilado de una manera bárbara á fin de no suscitar sospechas de impostura, se introdujo en Babilonia: posteriormente y cuando se habia granegado con muchos triunfos la confianza de los sitiados, los entregó á Dario. Para conservar

los reyes persas ciudad tan importante resolvieron residir allí una parte del año.

Envalentonado Darío por la victoria, pensó en reanimar la guerra del Hiran contra el Turan, es decir, de la Persia contra los escitas. Designaban los antiguos particularmente con este nombre á los pueblos que habitaban entre el Don y el Danubio, y que se denominaban en su lengua skolotas. Feroces de costumbres, no vivían mas que de guerras y rapiñas, cayendo de improviso sobre países cultivados en rededor de ellos, y sacando los ojos á sus prisioneros, por falta de residencias fijas donde pudieran guardarlos en servidumbre. Acosados por los másagetos, habían pasado el Araxo, y arrojado de sus moradas, al Norte del Mar Negro, á los cimmericos ó cimbríos; precipitáronse desde allí sobre el Asia Meridional (624), y sesenta años antes de Ciro habían avasallado al Asia Menor, adelantándose hasta las fronteras de Egipto. Como ya dijimos, había sido la Media tributaria suya por espacio de veintiocho años, y cuenta Diodoro que habían llevado colonias á la Sarmacia. Con efecto, los osetos, que ocupan actualmente el centro del Cáucaso, se denominan entre sí ironés, conservando de este modo en su doble nombre vestigios de la antigua nación del Oxo y del Hiran, que dominó en un principio la Persia, y más tarde hizo grandes estragos en Europa con el nombre de alanos.

Cuentan también las crónicas georgianas que los czares, moradores del país situado al Norte del Cáucaso, hicieron una irrupción entre el Cur y el Araxo, y se llevaron muchos prisioneros, que trasladaron junto al Terek, en las mismas playas donde habitan actualmente los osetos. Tan numerosas analogías ofrece su idioma con el persa, el zendó, el curdo, que Klaproth los considera como descendientes de los medos. Daban los persas á los escitas el nombre de sacios, que significa *perros*; la reciente memoria de sus incursiones, que podían renovarse á cada momento, hacía que se mirara como nacional una guerra contra tales enemigos. No era la raza dominadora ó noble la única que debía empuñar las armas para acometerlos, pues tenían la misma obligación todos los pueblos semetidos, lo cual hacía los ejércitos innu-

merables y ponía obstáculos á la disciplina. De esta manera juntó Darío setecientos mil soldados; pero como se acercase al país de los escitas, le fueron entregados de parte del enemigo un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas; lenguaje simbólico de los tiempos heroicos, que interpretó un sabio en esta forma: *Si no vuelas como un pájaro, ó te escondes debajo de la tierra como un ratón, ó te sumerges en las aguas como una rana, no te libertarás de las flechas de los escitas.*

Es, con efecto, muy árduo avasallar á los pueblos vagabundos y salvajes. Habiendo pasado Darío el Dniester, el Bog, el Dnieper, el Don y ganando las desnudas estepas de la Ucrania, vió que tenía que luchar contra la misma táctica que ha triunfado de Napoleón en nuestros días. Huyendo sin cesar los escitas delante de la caballería ligera de Darío, talaban el territorio, caían sobre la cabeza ó sobre la cola del ejército, sobre los destacamentos, sobre los merodeadores, y desaparecían con singular presteza. De aquí resultó que, vencido sin haber logrado combatir nunca, se vió el rey obligado por el hambre á emprender la retirada. No obstante, su expedición no dejó de tener consecuencia, pues ocupó la Tracia y la Macedonia, sentando así el pié en Europa, donde empezó á hacer la guerra á los griegos.

Fué más venturoso en la empresa contra la India. Había enviado primeramente al griego Scylax para que explorara el país y reconociera las comarcas á lo largo de el Indo, penetró allí en seguida y sujetó á la dominación persa el territorio montuoso situado al Norte de este río, que vino á servir así de frontera á su imperio. Entretanto Ariand, uno de sus sátrapas, acometió en Egipto una expedición contra Barca para castigar á los asesinos del rey Arquesilao; habiendo destruido esta ciudad trasladó á ella los habitantes de Asia. En suma, el imperio de Darío tuvo por confines al Sur el Mar de las Indias, el Golfo Pérsico y la Península Arábiga; al Norte el Mar Negro, el Cáucaso y el Mar Caspio, que antes de Gengis-Kan no traspasó conquistador alguno; al Este el Indo; al Oeste el Mediterráneo; el Eufrates lo dividía en dos partes.

El odio de los griegos contra un monarca que amenazó de continuo su independencia,

valió á su memoria violentos ataques; llegando hasta el punto de que como le suplicara un anciano llamado Ebaso á fin de que le dejase por lo ménos uno de los tres hijos que militaban bajo sus banderas, para que fuese apoyo de su caduca vida, le contestó:—*Quiero hacer más en tu obsequio: á los tres los dejaré contigo,*—y mandó que fuesen degollados. Pero las tradiciones y la intimación que hizo á los cartagineses reducida á que se abstuvieran de los sacrificios humanos nos le representan de muy distinto modo.

La aparición de Zoroastro, reformador de la religión, es el hecho más importante de su reinado.

CAPITULO III

Dispuso Licurgo su ciudad natal según el modelo de un campamento donde estuviera la paz asediada de sospechas y amagada, donde toda la vida hubiese estado consagrada á preparar la guerra, y luego recomendó á los espartanos que vivieran en sosiego. Natural era que no le prestasen obediencia; así no bien hubo muerto, empeñaron contra los arcadios y los argios combates que duraron desde 873 á 743, y guerras más memorables contra Mesenia.

Aun siendo de raza dórica, los mesenianos habían tomado odio á los de Esparta desde el instante en que al repartirse el Peloponeso, se apropiaron éstos una porción más considerable de la comun conquista. Habíanse ayudado recíprocamente los reyes de ambos países siempre que sus súbditos amenazaban disminuir su autoridad; pero los dos pueblos se miraban de reojo, y mucho más después que Esparta y Mesenia avasallaron completamente á los moradores del campo en la Laconia. Atestada la mina hasta la boca, bastaba una chispa para hacer que estallase. Cierta número de doncellas espartanas se dirigían á una fiesta al templo de Diana, común á los dos pueblos y situado en sus confines, cuando fueron sorprendidas y deshonradas por jóvenes de Mesenia; todas se dieron la muerte por no sobrevivir á tamaño ultraje.

Poco después Polycares, rico meseniano,

confió sus rebaños á Evadno, lacedemonio, para que los apacentase en las fértiles praderas de la Laconia; pero éste los vendió y esparció la voz de que habían sido robados por los corsarios. Descubierta el fraude, Polycares envía á su hijo á reclamar el precio á Evadno, quien le da muerte. En su desconsuelo presenta el padre su querrela ante el magistrado de Esparta; pero viéndose pagado en palabras, monta en cólera y se precipita furioso sobre todos cuantos encuentra en la ciudad. Entonces envía Esparta embajadores á Mesenia para pedir satisfacción, y no lográndola tan cumplida como desea, le declara una guerra de esterminio (742). Ambas se arman, pelean y devastan á porfía con el furor propio de guerras fratricidas.

Habían jurado los guerreros de Esparta no volver á su patria mientras no satisficieran su venganza; así no perdonaban ni á los campos ni á los hombres. Reducidos los mesenianos al último extremo, acudieron al oráculo, quien les dió por respuesta: *Es menester aplacar á los dioses con la sangre de una virgen de real estirpe.* Toca la suerte á la hija de Lycisco, pero favorece su evasión el padre. Codiciando Aristodemo los sufragios populares y la autoridad soberana, presenta entonces á su propia hija, y cuando llega á protestar su amante que ya no es doncella y que pronto dará á luz el fruto de sus amores, el implacable padre la degüella por su mano. De este modo empezó á reinar y aplacó á los dioses.

No por esto se salvó Mesenia; antes bien, desgarrado aquel ambicioso por los remordimientos, acabó dándose muerte, y cayó en poder del enemigo Ithoma, su última plaza (722). Refugiáronse los vencidos en gran número á Argos, á la Arcadia y á Siracusa; aquellos que quedaron desparramados en su patria hubieron de jurar fidelidad á los espartanos, darles en tributo la mitad de sus cosechas, y asistir, vestidos de luto, á los funerales de los reyes y de los magistrados de Esparta.

En cumplimiento del juramento prestado, los reyes de Esparta hubieron de permanecer veinte años fuera de su patria, y se cuenta que en aquella ocasión fueron creados los éforos para suplirlos. A su regreso se conservó á aquellos nuevos magistrados, á fin de que en caso de divergencia de pareceres entre los reyes y